

An aerial photograph of the town of Archidona, showing a dense cluster of buildings with terracotta roofs. The town is situated in a valley, with a wide river or dry riverbed visible in the background. In the distance, there are rolling hills and mountains under a clear sky. The text is overlaid on the upper portion of the image.

# Mitos, leyendas, cantes y hechos reales de Archidona

**Archinoticias**

# **Mitos, leyendas, cantes y hechos reales de Archidona**

Biblioteca Electrónica de Archinoticias

[www.archinoticias.com](http://www.archinoticias.com)

[archinoticias@gmail.com](mailto:archinoticias@gmail.com)



## Sumario

Introducción.....	6
Mitos y leyendas de nuestro pueblo, Archidona.....	7
El Tuerto de la Olivara.....	8
Antonia María Rodríguez Rogel.....	8
El Yennun del Peñón del Gallo.....	12
José Luis Solís Sánchez-Lafuente.....	12
Fantasmas en Archidona.....	20
Anónimo.....	20
La historia de una partida.....	26
Anónimo.....	26
La viuda virgen.....	30
Sergio Berrocal.....	30
Cantes de la comarca de Archidona.....	38
La Embajá del Ángel.....	39
Rafael Córdoba Cano.....	39
Hechos reales.....	42
Un retazo veraz de mi vida.....	43
José Luis Solís Sánchez-Lafuente.....	43
El escritor de sueños.....	48
Anónimo.....	48
El susto de aquella madrugada.....	53
Miguel Garrido Herrera.....	53
Las huellas de mi pueblo.....	56
Miguel Garrido Herrera.....	56

Cuentos infantiles.....	59
El Frutero.....	60
Anónimo.....	60
La Gata con Botas.....	67
Anónimo.....	67

# **Introducción**

Los textos que se incluyen en este libro son aportaciones que los usuarios de Archinoticias han realizado entre 2010 y 2016.

# **Mitos y leyendas de nuestro pueblo, Archidona**

# **El Tuerto de la Olivara**

**Antonia María Rodríguez Rogel**

Como si no fuese suficiente el miedo que en aquellas tardes primaverales, llenas de aromas, me inspiraban los mantequeros y otros asustaniños, a menudo mi madre sacaba a relucir el nombre de otro individuo, menos conocido pero más escalofriante, si cabe, por el vínculo que desgraciadamente le unía a Archidona. De ese modo, mi progenitora intentaba corregir la osadía de mis clandestinas escapadas al campo, al recordarme las fechorías del Tuerto de la Olivara, un perverso individuo del que unos años más tarde me enteraría que mi abuela llegó a conocerlo en los lejanos tiempos de su niñez y del que nunca supo mucho más , salvo el miedo que le inspiraba. En lo que a mí se refiere, sin conocer aún esa referencia temporal, intencionadamente desconectado por mi madre de la época a la que perteneció, aquel malhechor suponía para mí una amenaza peligrosa y vigente que podía acecharme camuflada en la soledad de los campos y esa posibilidad ensanchaba las raíces de mis miedos hasta términos indescriptibles.

De aquel desagradable personaje que, según mis cálculos actuales, debió de arrastrar su pérfida existencia hacia finales del siglo XIX o principios del XX, mi abuela y mi madre me contaron muchas veces que deambulaba con su mulo por los caminos de Archidona vendiendo y comprando vituallas como



cualquier otro recovero de los varios que había por los alrededores.

Pero un día de primavera, cuando ya los trigales habían encañado, desapareció del pueblo un niño al que familiares y vecinos salieron a buscar por arroyos, lomas y pozos, sin encontrar en las primeras horas nada más que la respuesta inquietante del silencio. En esa búsqueda participó incluso su madre, desesperada y exhausta, como una sombra desgarrada del paisaje que estrujaba la noche con su manos e imploraba llorando el regreso del hijo ante un cielo inclemente que no quiso escucharla. Tras varios días de silencios y vacíos parecía como si el niño hubiera desaparecido en las mismas sombras por donde huyó la noche de aquel fatídico día y, con esa inquietud, en el olor dulzón y tibio de las casas se hablaba sin tregua de los días de ausencia y de la desesperación de sus padres. Hasta que en una de aquellas prolongadas búsquedas, una mañana, poco después de que el día se alzara sobre la oscuridad, sus familiares intuyeron un mal aire de tristeza envolviendo un lejano trigal en el que encontrarían el cuerpo sin vida del niño delatado por la luz del nuevo día. Sus padres acogieron el fatal descubrimiento asediados de soledad y angustia y, ante aquella tremenda verdad, a sus pies se abrió un abismo de llanto y cenizas que los sumergió en un extraño descanso tan vacío como la misma muerte.

Con intermitentes puntos de silencio la gente del pueblo maldecía una y otra vez al anónimo asesino mientras el tuerto de la Olivara continuaba por los caminos y las calles, ofreciendo sus vituallas de casa en casa y comentando con cada

vecina la desgracia del niño y la maldad de su asesino contra el que lanzaba toda clase de improperios. Pero, cierto día, a una determinada persona le parecieron impertinentes sus comentarios y sospechoso el reiterado interés que mostraba por saber si alguien tenía pistas del criminal. Sin duda, una persona intuitiva y sabia que observó, además, que los ojos del recovero, blindados de acero, irradiaban un halo de sombra y una escalofriante frialdad como si un pez de hielo navegara por el vacío tenebroso de su mirada. Entonces fue denunciado a las autoridades y, hostigado por los interrogatorios, acabó confesando que había sido él quien estranguló al niño con una cuerda y dejó su cadáver abandonado en el trigal. Los oscuros motivos de aquella muerte no llegué a saberlos nunca ni tampoco nadie me habló de ellos. Quizá un instinto asesino que nubló su razón y lo llevó a matar sin motivos a un niño inocente cuya muerte nubló para siempre de tristeza los ojos de su madre.

Esta historia sucedió hace ya tantos años que es posible que en Archidona no queden apenas personas que la recuerden, En mi caso tal vez no la he olvidado por esta afición a las historias que me acompañó siempre, y por haberla oído infinidad de veces de mi madre que, a su vez, la aprendió de mi abuela, nacida y criada en Archidona y aficionada a contar historias y leyendas de su pueblo antes de que el tiempo se llevara por delante su memoria y la dulzura de su voz.

Durante mi niñez cuando mi madre me recordaba esta historia, priorizaba el amor materno sobre la verdad y omitía intencionadamente la lejana cronología de aquel hecho trágico,

sin duda para refrenar mis constantes audacias de niña traviesa que se escapaba a corretear por los campos en cualquier tiempo, lo mismo en las tardes primaverales de celajes azules que en los días tristes del otoño o en las mañanas luminosas del verano.

Al ignorar entonces que este terrible individuo pertenecía a un tiempo ya clausurado, el tuerto de la Olivara fue para mí el asustaniños más temido de cuantos había por aquellos lugares y su nombre encerraba un aluvión de amenaza que acechaba en los campos y encendía mis miedos y mis pesadillas. Eso ocurrió hasta que supe que, de aquel asesino, mi abuela también había tenido miedo en los años de su niñez mocedad, y por tanto, debía de estar ya más que muerto. A partir de entonces, el oscuro recuerdo de su historia dejó de darme quebraderos de cabeza, sobre todo cuando caminábamos por los polvorientos caminos de mi tierra bordeados de trigales altos o de viejos olivos tras cuyos robustos troncos podría esconderse cualquier malhechor.

# **El Yennun del Peñón del Gallo**

**José Luis Solís Sánchez-Lafuente**

Los bereberes tenían grandísimo respeto a los yennun (duendecillos) residentes en los grandes árboles, peñascos aislados o en fuentes escondidas. A ello añadían un cuidadoso amor a los animales. Se sabe que, para el musulmán norteafricano, el yennun es un ser creado por Alá, intermedio entre los ángeles y el hombre. Los yennun toman distintas formas, y pueden presentarse con alas y volando, arrastrándose como los reptiles, yendo y viniendo sobre la tierra, como los humanos. Los hay virtuosos y que no lo son, y están divididos en especies. Unos yennun son tan puros que ni comen, ni beben, ni engendran; otros, sin embargo, tienen las mismas necesidades que los humanos.

Y bastantes de nuestros ancestros procederían de Berbería por lo que, seguramente, a los archidoneses algún gen nos quedará de los abuelos bereberes andalusíes. ¡A muchos hasta se nos nota en la cara!

Mi abuela Pura, en aquellas largas tardes invernales, oscuras y tristes de los primeros años cincuenta del siglo pasado, arrimados a la chimenea o arropados en la mesa camilla, para sosegar me de mi inclinación hacia el alboroto, me narraba historietas que a ella le había contado su abuela, según decía. De alguna de estas historietas aún me acuerdo, y contaré una, con la intención de que este relato tradicional nuestro no se extinga. Advirtiéndolo, y pido perdón por ello, que debido a mi falta de memoria haya tenido que “redondearla” con añadidos de mi propia cosecha.

Pero, sí es verdad que, desde entonces, cada vez que paso por “El Peñón del Gallo”, en la carretera de los Molinillos, recuerdo a mi abuela, mi niñez y a nuestro yennun o duende particular. ¡Lástima de tiempos!

Empiezo sin más:

Cerrad los ojos por un momento e imaginaos un río con abundante agua cristalina. Y en sus orillas altísimos álamos, chopos y sauces; que junto a sus gruesos troncos crecieran juncos, aneas y juncias.

Pensad también en pájaros de infinitos colores y trinos que se posaran, para descansar o anidar, en las copas de los árboles. En espaciosos remansos donde zapateros patinadores practicasen sus armoniosos ritmos. Y en los ojillos de las

astutas y asustadizas ranas, asomando por entre las olorosas hierbas que alfombraban las orillas.

Que la claridad del agua permitiese ver los barbos y las bogas, esos peces que parecen no tener descanso. Y el fondo del cauce, donde guarecidos bajo las piedras, habitasen cangrejos negruzcos.

Y las libélulas: los silenciosos helicópteros de la naturaleza.

Grillos y chicharras cantando sin parar.

Y los golpetazos contra el agua de los galápagos.

¡Hasta nutrias!, dicen que hubo.

En fin, un edén.

A este bravo riachuelo lo llamaban los habitantes de Archibella el arroyo de Los Molinillos, por los ingenios maquileros que para moler grano habían construido en su ribera, aprovechando la vigorosa corriente de agua.

Para llegar hasta el río y a las huertas alledañas los habitantes de la villa construyeron una zigzagueante vereda, pues sus casas estaban en lo alto de una montaña de profundos barrancos y abruptas torrenteras, desparramadas alrededor de un altivo castillo protector.

Pasado el puente segundo, en una cerrada curva del estrecho sendero, y a su misma vera, había una solitaria piedra

puntiaguda, muy negra y alta, como de unas o seis o siete varas.

En Archibella decían que en las noches nubladas y oscuras, cuando los arrieros y caminantes pasaban junto a ella escuchaban cantar a un gallo con gran estridencia.

¡Que jamás nadie vio!

Se comentaba que el misterioso canto lo hacía, como burla y para sorprender, un duende —yennun— locuelo y bromista, pero de buenas intenciones, gozón de aquellos bellos parajes.

¡Que jamás tampoco nadie pudo ver!

Aseguraban que el duende se había marchado de su casa años ha, aunque misteriosamente la chimenea seguía vomitando humo, un día blanco y otro negro, de noche y de día, sin parar.

En Archibella llamaban a esa solitaria y humosa morada la Casilla del Duende, distante del puente y del picudo peñón como otra media legua, siguiendo el curso del río.

Con el paso del tiempo, los habitantes de la villa se acostumbraron al canto del gallo invisible y al misterioso humo, dejando de sorprender las chanzas de aquel duende nocturno, inoportuno e imprevisible que, de vez en cuando, gastaba inocentes bromas. Esa falta de atención popular hizo que los más jóvenes del lugar desconociesen el nombre y el lugar exacto donde se hallaba el misterioso pedrusco.

Los sabios de Archibella achacaron el desconocimiento a que había llegado a la villa, por fin, la modernidad.

Y con ella se generalizó la tala de chaparros, quejigos, coscojas y juagarzos que poblaban los montes circundantes. Mientras, grandes piaras de cabras no dejaron de engullir glotonamente el sotobosque, arrasándolo.

El río fue perdiendo poco a poco caudal por el despilfarro de agua y la devastación de la flora ribereña.

Se avecinaba el desastre, pero nadie lo vio llegar.

¡O no quisieron verlo!

Al parecer, interesaba más la recién estrenada modernidad.

Los necios creyeron que la felicidad y el progreso humano consistían en ser ricos a toda costa, poseyendo de todo al precio que fuese.

Pero el duende, juguetón y feliz, aún permanecía correteando siglo tras siglo el entorno de su querido Peñón del Gallo, como los más viejos del lugar nombraban a aquella misteriosa piedra negruzca.

Mas llegó un día en que se sintió humillado debido al desinterés de los modernos viandantes, que cruzaban velozmente en sus carromatos aquel paraje, antaño encantado.

¡Y el canto del gallo ya no lo escuchaba nadie! O le pareció a él que no lo escuchaban...



Por eso, el duendecillo se propuso recuperar su protagonismo perdido.

Sobre todo, deseaba mostrar a los humanos que sus poderes mágicos seguían intactos, demostrándoles que la modernidad no estaba reñida con la fantasía y el amor a la vida campestre.

Ideó un plan que pondría en práctica de inmediato: transformó su invisible cuerpecillo en un gran ovillo de hilo rojo, al objeto de que llamase mucho la atención de los viandantes, colocándose en el centro del camino. Pasaron horas y horas y nadie lo recogía, pese a su gran volumen y a su encendido color escarlata. Con la prisa que había traído la modernidad nadie se detenía, aunque lo viesan: “¡Por un ovillo de hilo, aunque sea muy gordo, yo no paro!”, decían.

Al cabo de un buen rato, por fin, el duende vio a una viejecilla que, con paso cansino, cruzaba el puente. Y pensó: “a esta pobre abuela le puedo ser muy útil. Denota por su aspecto que es muy pobre. Si me acogiese, yo, a cambio, podría hacerme amigo suyo favoreciéndola con mi magia”.

La caminante se agachó lentamente cogiendo el abultado ovillo con la intención de meterlo en la talega que llevaba en su hombro, pero al tiempo preguntose: “¿Pero, para qué quiero yo tanto hilo rojo si ya no veo ni la aguja y sólo poseo este vestido negro?” De inmediato, la anciana volvió a poner el madejón donde lo había cogido; esto es, en el polvoriento suelo.

El pobre duende a pesar de haber sido despreciado, sacando del fondo de su ser más amor se convirtió, con toda la celeridad de que fue capaz, en un precioso chivito blanquísimo, de pelaje brillante y lustroso.

La pobre mujer quedó maravillada por el prodigio, pero pronto reaccionó volviendo a interrogarse: “¿Para que necesito yo un chivo?, con la de leche que debe tragar, y siendo pobre... Además, ¿donde lo alojo? Si sólo dispongo de una pequeña habitación. Será mejor dejarlo también aquí, a otra persona podrá serle de provecho”.

El duende, enojado, no pudo tolerar aquella acción, que aseguró sería el último desprecio que le harían los humanos, y como no estaba dispuesto a aguantar más ofensas, con la magia que le caracterizaba transformó su hociquillo de chivito mamón en unas descomunales fauces de puntiagudos y afilados colmillos, mordiendo con toda su fuerza la mano de la viejecilla, preguntándole a su vez, con voz gritona:

“¿Cuando tu madre te parió, tenías los dientes como yo?”

Pero el mordisco del encorajinado duende apenas molestó a la anciana, y el espantoso grito ni lo oyó.

¡En su mente no había quedado lugar para la utopía!

A partir de entonces nada más se supo de aquel extraordinario ser. Un tristísimo silencio sustituyó al cantarín gallo.

Luego pudimos averiguar que, en el momento en que la mano de la desprevenida viandante fue mordida, el humo de la chimenea de la Casilla del Duende dejó de salir y con el paso del tiempo se derrumbó, viéndose aún hoy esparcidos en pequeños montones los escombros de aquella casita, donde antiguamente moró la fantasía y la quimera popular.

Al cabo de los años de ocurrir estos episodios, las riberas del arroyo y todo su entorno fueron devastadas por potentes y descomunales máquinas, conducidas por hombres sin rostro.

Y los Corregidores Mayores del pueblo, por fin, durmieron tranquilos creyéndose que habían hecho algo útil, cuando aquellos forasteros comenzaron a sacar en gigantescos volquetes millones y millones de toneladas de piedras verdosas, que habían permanecido dormidas desde el inicio de los tiempos en las entrañas de aquel vergel, ahora desnudo, destripado y herido de muerte.

Pero que en la antigüedad había sido muy feraz y hospitalario para animales, plantas, humanos y yennun.

# **Fantasmas en Archidona**

## **Anónimo**

Me contaba mi abuelo y él decía que se lo contaba el suyo, que la leyenda de los fantasmas en el pueblo de Archidona han existido desde siempre.

Primero y para situarnos en el tiempo, tenemos que pensar que los cuartos de baño en el pueblo llegaron muchos años después, y eso de ir al servicio, que hoy tan poca importancia le damos a eso de sentarnos en el trono y terminar de leer el Marca y si algún familiar llama a la puerta le gritamos: -espera que estoy terminando de leer este artículo de Ronaldo-.

Eso más o menos es lo que a nosotros nos pasa hoy, pero antes las cosas no estaban tan fáciles.

También tenemos que saber que en aquel tiempo en el pueblo había muy poca luz. Sólo había una bombilla en los Cuatro Cantillos y alguna que otra repartida por las calles principales del pueblo.

Por eso de la poca luz las personas se agachaban en cualquier oscuridad y para no ser reconocido por sus vecinos se tapaban la cabeza o la cara con cualquier cosa. Si alguien veía a uno disfrazado se llevaba un buen susto, salía corriendo y entraba en su casa diciendo que en tal calle había visto un fantasma. No mentía, para él era cierto. Lo que no podía saber era que su vecino fuera un fantasma o alma del otro mundo.

Al día siguiente, aquel hombre al que todavía le duraba el susto, le contaba con voz fuerte como tenemos costumbre hablar los andaluces a sus amigos en la taberna, que en tal calle por las noches salía un fantasma y que él lo había visto.

De esa manera tan sencilla se creaba el fantasma de una calle. Fantasma que por otro lado el pobre se había quedado descansando y aquel bicho raro pocas personas más podían ver. Aquella calle ya tenía su fantasma y con testigos que lo habían visto.

Y éste podía ser otro tipo de fantasma, que también teníamos en Archidona en aquel tiempo. La otra clase de asustabobos eran aquellos que se ponía una sábana por la cabeza y cortaban

el paso de la calle porque su señorito lo había dicho y por tal trabajo le pagaba algo, quizás poco.

Me seguía diciendo mi abuelo que a él le había contado el suyo un día sentado en la Plaza Ochavada, cerca de la tienda de Aguilera, ya que le gustaba sentarse en aquel sitio, porque decía él que desde aquella posición podía ver y controlar a todas las mujeres guapas del pueblo que iban a la compra.

Mientras mi abuelo seguía mirando a un lado y a otro para no perderse ninguna mujer guapa que pasara, me contó que una noche ya casi de madrugada un arriero se disponía a entrar al pueblo por la Fuente Antequera. Pasó por la puerta de la Sulfurera con sus cinco burros cargados de cajas de pescado para venderlo de día en la pescadería de la plaza.

Aquel medio dormido hombre iba subido el la culata del último burro de los cinco. Los animales sabían bien el camino más corto para llegar antes a la Plaza. Ya pasada la Sulfurera a aquel hombre le entraron ganas de hacer pipí, así que se bajó de su burro y se pegó a una pared una vez había pasado la puerta de la huerta de Doroteo, pues no podía aguantar más.

Terminada su faena se abrochó la bragueta y se echó a correr para pillar a sus borricos.

Iba pensando que sus asnos podían estar ya en lo alto de las Cabezuelas, cerca del Callejón del Matadero y que tenía que correr para poder descargar y organizar las cajas para su venta. El preocupado arriero no esperó el incidente que le estaba esperando.

Porque al llegar a la esquina de la calle los Molinos el susto que pasó fue gordo. No podía esperar que de la esquina le saliera un fantasma, que en el pueblo se conocía como Fantasma de la Calle Los Molinos.

Se contaba y se contará que en la misma esquina le salió a aquel arriero un tío con una luces en la cabeza y liado en una sábana blanca. Aquel fantasma se puso en medio de la calle con aquella pinta y le dijo:

—Por esta calle no se puede pasar.

-Hombre usted no me puede hacer a mí eso. ¡Mire si le tengo que pagar algo yo se lo pago! Pero, déjeme usted pasar que los burros estarán ya entrando a la plaza por el Arco de las Cabezuelas o del Matadero. Mire usted, ellos solos no saben en el puesto que se tienen que parar hoy, así que quítese de en medio que yo pase y descargue mis burros, para que las persona de este pueblo coman hoy pescado fresco.

-De eso nada. Tú hoy, por aquí no puedes pasar y no pasas, así que darte la vuelta y pasa por otra calle, que aquí en Archidona hay muchas.

-Ya me tienes harto. Te he dicho que paso por aquí y paso hasta por encima tuya, y por lo alto de esa sábana vieja que te han puesto.

Aquel hombre ya desesperado y pensando en que sus borricos estarían ya dándole vueltas a la plaza sin saber en donde parase ni que nadie los mandaría parar.

Intentó razonar, pero viendo que era imposible se puso nervioso y no lo pensó dos veces. Se sacó la vara de membrillo que tenía escondida en la faja y le llamó candela al fantasma en



la espalda. Le metió un palo y lo tiró al suelo. Después le dio algunos más diciéndole: -Toma fantasmón, esto para que los arrieros que entren en tu pueblo para ti tengan preferencia de paso-.

Le quitó la sábana y se la rompió en trocitos tan pequeños que parecían torsiones para el candil.

De esa manera al día siguiente se despertó el pueblo sabiendo quien era al fantasma y porque salía por aquella calle con tanta frecuencia. Todo el mundo se enteró de que el fantasma era uno de los tontos del pueblo que estaba pagado por un señorito de un cortijo para que mientras él estaba en casa de su querida, que nadie pasara por la calle ni que nadie viera su caballo amarrado a la ventana de la señorita.

Me terminó diciendo mi abuelo: – Mira niño, aquel fue el fin del Fantasma de la Calle los Molinos de nuestro pueblo, pero que sepas tú otra cosa, que aquí seguirán quedando fantasmas y fantasmones mientras el mundo sea mundo.

# La historia de una partida

## Anónimo

Cuenta María: mi padre me dijo que fue la mala suerte y yo digo que fue una equivocación por parte del ludópata de mi padre.

Mi padre jugaba fuerte, era casi un profesional cada vez estaba más tiempo y más enviciado con las cartas.

Una noche, serían las tres de la mañana, se presentó en mi casa con unos hombres, mi padre pegó en mi cuarto y me despertó. Se sentó en el filo de mi cama y me dijo: - María, estoy en una situación bastante embarazosa. Mi padre no sabía ni como empezar - Habla ya, papá que me asustas ¿qué te pasa? le pregunté -Aquí hay un hombre que quiere acostarse contigo. Pero... si tu no quieres no tienes por qué hacerlo.

-¿Porqué me pides eso?, No entiendo nada, ¿cómo es posible?.  
- Sí, hija, es que te he jugado en una partida de cartas y he perdido. - ¿Qué tú me has jugado y has perdido y tú me dices

que yo me acueste con alguien aquí y ahora?. - Sí, María, eso es. Mi padre siguió contándome. María ya lo había perdido todo - continuó -, pero tenía unas cartas en las manos con las que seguro tenía que ganar aquella mano.

- Como no me quedaba dinero me tiré y me di por perdido, pero uno que estaba detrás mirando me dijo que recogiera las cartas que él me prestaba lo que me hiciera falta. Y ¿cómo te pago? - Le pregunté. Al oído me dijo que yo tenía una hija muy guapa.

Me entraron ganas de romperle la cabeza, pero como estaba seguro de que iba a ganar acepté. Y pensé cuando gane te pagaré y te partiré la cara. Y no ha sido así, he perdido - me dijo mi padre lloriqueando -.

Yo no daba crédito a lo que estaba pasando. ¿Cómo mi padre se había jugado a su hija a la que el más quería en una partida de cartas?.

Le vi tan afectado que me dio pena de él. ¿Y el ganador esta aquí? -Si esta esperando para cobrar.

- Dile a ese hombre que pase y así saldás pronto tu deuda - le dije-. Salió mi padre de mi habitación y apareció en la puerta de mi dormitorio un hombre alto, fuerte y no mal parecido, de unos cuarenta y pocos años, cerró la puerta tras él. Aún recuerdo el olor a tabaco y sudor que desprendía, ¡no se podía soportar!.

En aquella época se decía que el hombre debía oler a sudor, a tabaco y a vino, y que el que olía a limpio o a colonia era de la acera de enfrente. Aquel hombre, no cabía la menor duda, que era un macho, pero también era un puercu.

- Pase y cierre la puerta - le insinué -. Está ya cerrada -. Bueno quítese la ropa si quiere usted cobrar lo que mi padre le debe.

Pero este mundo está lleno de sorpresas y de gente con buen corazón.

- Me llamo Ramón y quiero que sepas que lamento esta situación y que no me podía imaginar que las cosas se complicaran de esta forma. Nunca pensé que tu padre iba a perder con las cartas que tenía, era imposible perder.

Sé que tu padre lo está pasando mal, mira María se me ocurre una cosa, porque tú te llamas María ¿no? Sí, mira con las manos movemos la cama y para que los de fuera escuchen las panchas y los muelles y piensen cuando escuchen el ruido, que yo estoy cobrando la deuda, que tu padre tiene conmigo, porque todos saben de lo que se trata.

Y de esa manera tu padre no se siente ofendido y yo no tengo remordimientos de conciencia. ¿Qué te parece María? ¿Te gusta la idea? – Sí, está bien, así engañamos a mi padre y a sus amigos, que estarán esperando fuera que le cuente como ha ido todo. No obstante quiero que sepa usted que yo pienso que con ese gesto es usted un caballero. - Mi idea es que todos crean que he cobrado y de camino le damos un escarmiento a tu padre.

# La viuda virgen

**Sergio Berrocal**

Iban desarrapados pero con uniformes verdosos como el moho que olían a muerte. En las manos, herramientas de matar. Venían de más allá del mar, de África. Se les notaba que eran matadores sin alma. Lo mismo les hubiese dado sacrificar un carnero que una persona. Lo llevaban escrito en sus rostros satisfechos de vulgaridad. En una de las calles que subía a la parroquia de Archidona vieron a un matrimonio que salía de su casa. La mujer se había adelantado. En vano. La bala del primer tirador la clavó en la acera. El marido no tuvo tiempo de decir nada. Lo sentaron en el escalón de su casa de un tiro que le atravesó el sombrero.

No era ninguna escena truculenta de Quentin Tarantino.

Era peor. La realidad. Ocurría en 1936, al comienzo de la Guerra Civil española. En Archidona, provincia de Málaga la playera.

Durante tres años se vivió horror en primer grado. No se necesitaba que un John Travolta cargado de kilos de más bailase un perezoso twist con Maria de Medeiros para desencadenar una escabechina.

El absurdo no lo inventó Tarantino. Fue probablemente Kafka pero en la guerra española adquirió cumbres borrascosas de cualquier cine de barrio.

Es también un lindo cuento de Navidad con final tan infeliz como los que le gustaban a aquel siniestro personaje creado por Charles Dickens.

Isabel, Isabelita la llamaban todos, era una hembra morena o rubia, según las circunstancias, de impresionante envergadura, con piernas largas al infinito, un cuerpo que por entonces sólo se veían en las películas y un rostro que cualquier productor de Hollywood hubiese contratado.

Una mujer bella, de puro cine de cualquier época, con una elegancia más que natural, y una sonrisa que podía engañar a quienes no la conocían.

Porque bajo su apariencia de guapa de “Primer Plano”, Isabelita era una mujer de armas tomar, que no se casaba con cualquiera. Y esto del casamiento ya es otra historia de otro costal, como verán más adelante.

Era Isabel la mujer de la que no tienes más remedio que enamorarte.

Isabel y su novio, Manolito, no corrieron la mala suerte que reservaban aquellos matadores importados de África por el General Franco para exterminar mejor con sus compatriotas del otro bando.

Pero sí vivieron una tragedia que atragantó sus vidas hasta la última cena, de la que ya Judas se había marchado para vender a Jesús.

Malos tiempos corrían en Archidona para jugar a Romeo y Julieta y ella lo comprendió la primera vez que la interrogaron sobre el paradero del izquierdista maldito que tenía por novio.



Porque además de ser el bellezón que un hombre no olvidará nunca jamás si la ha visto aunque sólo haya sido de rebote, aunque sea de lejos y con prismáticos no adaptados, ella sabía pensar, era una combatiente.

Y a los militares, nunca les ha gustado que la gente piense.

Aquellos malditos mastuerzos quisieron hacerle la vida imposible pero ella, con el genio de la Vivien Leigh furiosa en “Lo que el viento se llevó” o el de una Maureen O’Hara decidida en “El hombre tranquilo” creyó que podría con todos.

Hasta que Manolito se dio cuenta de que tenía que renunciar a su amor y poner mucha tierra por medio si no quería que lo acogotasen para siempre jamás.

Llegó a Francia, donde al cabo de un tiempo, el tiempo de la renuncia, el tiempo que no queda, se le presentó otra vida.

Entonces, los novios de Archidona intentaron casarse por poderes. Pero, fatalidad de la puñetera vida que siempre tiene

una as en la manga, las fronteras entre España y Francia acababan de cerrarse a causa de la asquerosa guerra.

Entonces, vuelve a haber un entonces, nunca faltan en la mala uva que tiene a ratos la vida, Isabelita decidió huir de los vengativos militares franquistas de Archidona y marcharse a Ceuta, donde un coronel, hombre de Franco, bellezas de la vida, le permitió refugiarse.

El coronel también sabía de amores.

Y pasó el tiempo con la borrachera de las atrocidades de la guerra y las no menos atroces resacas de sangre de la paz y otros ajustes de cuentas.

Ante el silencio del novio huido, Isabelita, desesperada y con ganas de vivir aunque siempre fuera morir un rato en la cuneta que lleva al purgatorio de todos los pecados no cometidos, se marchó a Argentina.

Allí, probablemente por que estaba muy asqueada de la vida, se casó con un argentino y al cabo de un tiempo enviudó una vez más.

Un día, en nuestra casa de París recibimos la visita de un señor ya envejecido pero que quería vivir como uno quiere vivir cuando sabe que ya se ha acabado la gasolina.

Nos dijo que era Manolito, el antiguo alcalde de Archidona, el novio de Isabelita.

Pasó una tarde contándonos su larga historia.

En Francia, nada más escapar a las balas que le perseguían, conoció a otra mujer y rehizo su vida, como dicen en el lenguaje pijo de la crónica social

Pero él decía, con la desesperación de la culpa reflejada en los labios rotos de pensar: “Yo seguía queriendo a Isabelita. Durante más de un año le escribí todos los días. Cuando al cabo de ese tiempo vi que no me contestaba comprendí que yo ya no formaba parte de su vida”.

Aquella tarde de otoño parisiense, cuando los árboles desnudos te enseñan el verdadero sentido de la vida, de una vida que no tiene el menor sentido, a Manolito se le escapó el secreto final, el que acabaría de hundirlo en la nada.

Un día, aunque probablemente fue una noche de insomnio, o una tarde de borrachera seca, la peor de las peores, descubrió que el silencio de Isabel tenía una razón de peso. Nunca le habían llegado sus cartas.

Las puñeteras cartas de todo un año, donde con la paciencia de un monje tibetano enfrentado a las balas chinas, de esas que cuando te ejecutan tiene que pagar tu familia, renovaba a Isabelita su promesa de amor eterno.

La esposa francesa, o lo que fuese, se había encargado de que las cartas no vieran el sello del viaje y durante esos 365 días y algunas noches más las tuvo escondidas en una caja de zapatos.

La bella Isabel murió hace unos años en Archidona.

Nadie sabe si perdonó a Manolito, el alcalde socialista enamorado de la más bella.

La muerte la sorprendió medio ciega pero la vejez no había podido con su belleza. Todavía enamoraba. Pero estaba sola.

En cuanto a Manolito...

Quizá a estas horas de este lunes con nubes y muchos grados de calor navideño, esté en otro cacho de eternidad.

# **Cantes de la comarca de Archidona**

# La Embajá del Ángel

**Rafael Córdoba Cano**

Oh, Soberano Jesús  
único rey de los cielos  
Señor de la majestad  
y de los imperios dueño.  
Porque fue tu voluntad  
y por el amor inmenso  
que a los hombres les tenías,  
bajaste, Rey de los cielos,  
y tomaste carne humana  
para darle vida a ellos  
padeciendo mil afrentas  
baldones y menosprecio:  
el tiempo ya se ha cumplido,  
ya se ha cumplido el decreto,  
porque a tantas peticiones

comunique el consuelo  
y salgan de las prisiones  
que ocasionó el primer yerro.  
Recibe este amargo cáliz  
que está lleno de tormento;  
un discípulo será  
de tu venta el instrumento  
y otro te negará  
lleno de temor y miedo;  
tu cuerpo será azotado  
con el rigor más severo  
pues para que te conforte  
me envía tu Padre Eterno  
aliéntate Jesús mío,  
en este tan alto empeño;  
quédate en paz, buen Jesús,  
que yo me aparto de un vuelo  
al consistorio divino  
por no ver tan gran desprecio.



Fuente: Muy Venerable Cofradía de Nuestro Padre Jesús Orando en el Huerto, Nuestro Padre Jesús Preso y María Santísima del Amparo.

# Hechos reales

# **Un retazo veraz de mi vida**

**José Luis Solís Sánchez-Lafuente**

¿Qué hombre de mi quinta se resiste a calentarle la cabeza a alguien contándole su mili? Ahí va un pequeño retazo de la mía. Y que conste que por filantropía no les cuente más.

Tuve suerte o quizá “vista”, no lo sé aún. A algunos paisanos de mi generación sistemáticamente los largaron al Sahara, y contaban cuando volvían de tan lejos que allí no se les había perdido nada, y lo que era peor, que en el rancho únicamente alternaban la carne de cabra con la de camello, pero viejos, aderezadas con hierbajos del desierto. Y me lo contaban con su poquito de retintín, sabiendo que únicamente comía la carne del salchichón que hacían en casa. Del vino ni piaban, pero me enteré que allí el agua era más cara que el pirriaque. Lo que no estaba mal del todo, pero fuera del cuartel era casi imposible encontrarlo con la masita que cobraba un soldado, y sabía lo que beben los de allí.

Para animarme aún más, un licenciado del pueblo me explicó al detalle los tres meses que había pasado en una trinchera esperando que llegase el enemigo, que nunca dio la cara, pero tampoco aparecían cuando debieran los del rancho, el tabaco y el agua. ¡Y para mujeres las de Canaria! Si los de la Escuadra

tenían presupuesto, que los tiempos no estaban como para costear cruceros recreativos a guripas con padecimientos de priapismo.

Este argumento fue fundamental para mí. Un comandante de Ingenieros archidonés, muy amigo de mi familia, me facilitó la faena. ¡Que caballero!

Ingresé como voluntario por 600 días en un campamento militar situado en la estepa madrileña, nada menos que en noviembre. ¿Qué frío haría allí?, que hasta prohibieron que nos duchásemos.

Y me hicieron adulto: las setecientas pesetas que llevaba (poco más de cuatro euros de ahora), conseguidas después de ordeñar a bastantes familiares, alcanzaron únicamente para seis o siete días de cantina, a base de chuscos con sardinillas en aceite y morterillos de aguachirle manchego. A partir de entonces no me quedó más remedio que hocicar en el “Ragú” con patatas o patatas al “Ragú”. Pero la Providencia se empeñó en que diese con un cabo de cocina antequerano. ¡Ay Paco!, cuanta hambre me quitaste, y cuanto vino trasegamos de aquellas damajuanas que custodiabas con siete llaves —lógicamente rellenábamos con agua del Manzanares—.

Como era un regimiento con destacamentos en toda España, una vez en Málaga, y nada menos que en el Paseo de la Farola, no quedó más remedio que apañarme un traje, pues por las tardes se escapaban todos de paisano. Y el brigada lo sabía. El

muy zorro, con no sé qué achaque, me soliviantó para que lo acompañase de traje; me invitó a una caña de cerveza y antes de largarse me engatusó para que le hiciese un favorcillo. Menudo favor: “Ve a mi casa y le pides a mi mujer el barreño, te alargas en un momento al polvero que hay en la calle Mármoles y que te lo llenen de cal apagada, se la pagas y lo llevas a mi casa” —casi nada, dos kilómetros más o menos—. Dicho y hecho, pero pobre traje. Lo que me incitó sobre la marcha a estudiar compulsivamente para ascender a cabo: me había soplado alguien que a los de esta graduación no les pueden mandar a fregar letrinas ni hacer mandados.

Y como estaba bien enchufado, pedí y me concedieron el trasladado a otro destacamento, pero en Granada.

Previamente me hicieron pasar por Madrid para recoger dos soldados reclutas y una emisora de radio (un trasto obsoleto de la ayuda americana). Aquellos soldados fueron para mí como si dos hermanas, que nunca tuve, se hubiesen ido conmigo a la mili: me limpiaron el cuello del tabardo (que había sido usado por dos quintas anteriores), acortaron los pantalones, zurcieron las camisas... El problema llegó cuando el teniente me ordenó que les confiscase el lápiz con que se perfilaban los ojos. ¡Que calvario para un cabo! Pero lo conseguí, y hasta fui felicitado por ambas partes, incluso nos obsequiaron con estriptís nocturnos, con su musiquilla y todo, que nunca podré olvidar.

Compartíamos un pisito dentro de Capitanía General que fomentaba la camaradería e incluso creaba sinceras amistades. Un cacereño de Las Hurdes me contó confidencialmente que cuando se licenciase se casaría volando, pero sufría muchísimo con un extremoso padecimiento de fimosis. Por más que lo intentó con la ayuda de la novia, su método no le dio resultado. Mi consejo fue que se entregase a las manos de los médicos militares, y se dejase por un tiempo de las de su añorada mozuela.

De madrugada me despertaba para quejarse de que no podía aguantar la tirantez de los puntos. El calorcito de la cama era el culpable, pero discurrí que la solución pasaba por la bayoneta, que colocada en un tejadillo próximo, durante un par de horas y gracias a las míticas heladas granadinas, podría alcanzar la temperatura de dos o tres grados, suficiente para paliar aquella pertinaz y peligrosa tersura. ¡Menudo calvario me eché! Quedó muy agradecido, jurándome que cuando le quitasen los puntos iríamos a probar el resultado de la operación, que le indicase donde, y correría con todos los gastos.

A la excursión se unió otro quinto de Archidona (cuyo nombre prudentemente me reservo) y, a base de copitas de montilla y reconfortados con chupitos de caldito picantón de caracoles, calle Elvira hacia adelante recalamos en la de San Juan de los Reyes. Vacilante pulsé el mugroso timbre, y una lejana voz preguntó que qué deseaba. ¿Que vamos a querer?, fue mi airada respuesta. Subimos unas empinadas escaleras y, de

golpe, desembocamos en un mundo inesperado y patético: cuatro o seis mujeres de mediana edad (bueno, cincuentonas, más o menos) lloraban desconsoladamente alrededor de una mesa camilla. ¿Pero, no oís doblar todas las campanas de Granada? Hasta la de la Torre de la Vela... ¿De donde habéis salido, so ateos? Así nos recibieron, añadiendo una de ellas: ¡el Papa se ha muerto! S a n t a M a r í a m a d r e d e..., y prosiguieron, rosario en ristre, sin casi mirarnos.

¡Virgen Santa! ¡Que la “Angusticas” nos ampare! Exclamé espontáneamente.

[Debo aclarar, para un mejor entendimiento del trance, que en aquella época yo era bastante beato].

Las veinte pesetas que me quedaban paliaron la molestia causada, y consolándonos unos a otros salimos a la calle sin llorar siquiera.

Y hasta hoy.

No recuerdo bien si en la España de entonces reinaba Wamba, Muley Hacén o Don Pelayo.

Pero todo es veraz. Y mi madre ni se enteró.

# El escritor de sueños

## Anónimo

Una sala pulcramente limpia, la estantería llena de libros bien colocados, como en todas las librerías muchos de ellos con los lomos brillantes, casi nuevos.

Libros almacenados a lo largo de toda una vida, cada uno, es un recuerdo, muchos de ellos gastados de releerlos una y otra vez.

Una silla de anea blanca y una mesa pequeña con cajones limpios y ordenados, folios y bolígrafos de propaganda ocupan el primero, en otro una bandera republicana perfectamente doblada, debajo de esta algunas octavillas de los años sesenta que se distribuían en la clandestinidad en contra del régimen y donde el partido comunista se establecía poco a poco dándole a la juventud una esperanza de libertad y democracia.

En el cajón del centro fotografías en blanco y negro amarillentas y con los bordes rústicos .

Sobre la mesa un cenicero y un taco de folios blancos amontonados con mucho orden delante de la silla.

Alrededor de las cinco de la tarde visitaba aquella pequeña taberna, cuando llegaba allí ya llevaba un buen rato en la calle.



Salió a comprar comida para su perrillo, la llevaba cuidadosamente en una bolsita que colocaba en algún rincón donde no estorbara.

Su amplia y agradable sonrisa, lucía una boca sin dientes e iluminaba esos ojillos redondos y la mirada cálida y cariñosa, que estos proyectaban.

Las orejas pequeñas, un poco abiertas, todo ello reflejaba un rostro afable y una entrañable figura de un hombre bueno y honrado.

Pedía una copa y establecía una conversación con aquella mujer que le escuchaba complacida, mientras él contaba historias aprendidas directamente en su origen con una pizca de humor y donde a la vez relataba su vida.

Fue poco a la escuela desde muy pequeño se iba al campo con su padre a trabajar en las tareas propias.

Allí se sintió labrador aprendió la rudeza de los campos trabajando de sol a sol, para llegar ansioso a la hora de abrir la capacha y comer un trozo de pan con tocino salado, o unas arencas con naranja, esta comida, una navajilla y una garrafa de agua, constituían todo su almuerzo.

Aquellas eran las clases didácticas más reveladoras que Antonio tendría en su vida. Compartiendo con aquellos hombres un trozo de pan, escuchaba atento las vivencias y penurias que contaban cada uno de ellos.

También allí aprendió a calmar los pesares con un trago de la bota que pasaban de unos a otros.

Regando la tierra con sangre y sudor, comenzó a soñar con la igualdad y la libertad de los hombres.

Por la tarde cuando volvían del campo, su padre lo mandaba a casa de Miguel el Gato para aprender a leer, escribir y las cuatro reglas.

Pero la cultura de Antonio es soberbia, hecha a base de trabajo y vivencias compartidas, los libros compañeros del camino y los poetas del siglo veinte, Machado, Miguel Hernández , García Lorca y otros, calman su espíritu y le acompañan cada día.

Conoce la historia de España y la de su pueblo, cuenta anécdotas y pasajes de la vida, es amigo de todo el mundo.

Mientras le oye atentamente esa mujer ríe le pregunta sin cesar, ansiosa de llegar al fondo, de conocer mejor a esa entrañable criatura.

Cuando tenía catorce años dejó el campo, y se puso a trabajar de camarero,

en unos tiempos en que el camarero no tenía horas ni días libres.

Antonio, con su impecable chaqueta blanca paseaba con estilo la bandeja, llena de cafés o cervezas espumosas, mientras con los oídos bien abiertos aprendía escuchando a los más sabios.

Detrás de aquella barra, tubo las clases teóricas más variopintas e instructivas que podamos imaginar, allí supo de ideales, costumbres, fanatismos y sueños.

En este punto de su vida, los sueños estaban en su mejor momento ¡se enamora! un amor que duro para siempre, escondido en el cajón más profundo de su corazón, sin compartirlo con nadie. Ese es su secreto más preciado.

Ni siquiera cuando se le suelta la lengua, se le escapa el nombre de esa mujer.

No tuvo hijos, pero siempre vivió rodeado de niños, a los que ya hombres quiere y admira.

Siempre tiene una sonrisa y es muy educado.

Si alguna noche no recuerda bien por donde anduvo, a la mañana siguiente recorre su sitios preferidos y pide disculpas por si se paso en algo.

Esta mañana se ha levantado tarde, después de asearse y tomarse un gazpacho de cebolla para la resaca, vuelve a su sala, está hecho polvo arrastra los pies con sus zapatillas de cuadros azules hasta la vieja estancia, coge uno de sus libros favoritos y

una vez sentado ante la mesa ordena una vez más los folios blancos que reposan sobre ella.

Mientras dobla la bandera y la coloca en su cajón, recuerda con una sonrisa picarona que ayer catorce de Abril era el aniversario de la segunda republica española.

Salió sobre el mediodía y visito sus bares habituales, mas tarde coincidió con algún viejo amigo y celebrando estuvieron hasta que cerró la ultima taberna.

Lo último que recuerda es que bajaba la calle que lleva hacia su casa de esquina a esquina, con la bandera sobre los hombros a forma de capa cantando la internacional mentalmente porque su lengua estaba demasiado gruesa y no respondía bien a los mandatos de el cerebro.

Lo paso bien ese día, había conseguido olvidar por unas horas, lo que se quedo en el camino y bajando aquella calle volvió a sentirse joven y esperanzado. Una mirada al horizonte cubierto por las sombras de la noche le hizo fuerte y soñador de nuevo.

Y es que el cielo estrellado que se habría inmenso ante sus ojos, reflejo un rayo de luz que escribía en el universo las palabras más soñadas LIBERTAD.

# **El susto de aquella madrugada.**

**Miguel Garrido Herrera**

Daban las dos de la madrugada, vísperas de Semana Santa. Era una madrugada fría, de las que hacen algunas noches por esas fechas en Archidona cuando sopla algo de aire frío del que llamamos -El granadino-.

Tenía yo doce años y ya con esa edad estaba de aprendiz de barbero.

Debía ganar algo de dinero para mis gastos y si podía coger propinas me vendrían bien estrenar alguna ropa o zapatos el Viernes Santo.

Tenéis que saber que en Archidona en el año 1.952 existían once barberías, porque lo de llamarle peluquerías de caballeros llegaría años después. Las nombraría todas, pero algunos de ustedes que lean esto sabrán bien los nombres y en las calles que las que estaban situadas.

Pues bien, todas comían, o por lo menos estaban abiertas al público. En el pueblo de aquel tiempo tanto los barberos como una mayoría de personas tenía no pocas necesidades, se vivía mal y en algunas casas hasta se pasaba hambre.

En cada casa había una bombilla y por esa se pagaba, pero algunas le ponían un ladrón y un cable largo y ya se tenían la luz en donde a uno le hacía falta.

La mayoría de las barberías estaban casi todo el día vacías y entraban pocas personas, los hombres estaban en el campo. En aquel tiempo en Archidona había muy poco paro y el que no iba al trabajar al campo (que era lo que había) se le tachaba de vago y el que dirán, algo que sobre una persona pesaba mucho.

Pero decía que casi todo el día los barberos estaban leyendo el periódico o jugando al dominó en la taberna de la esquina, porque el nombre de bar, también llegaría años después.

Pero cuando las personas llegaban del campo y ya entrada la tarde, pedían pelado y afeitado.

Todas las barberías cuando tenían más trabajo eran en vísperas de la feria o en vísperas de la semana santa y en ocasiones algunas estaban o tenían clientes hasta altas horas de la madrugada.

Decía al principio que una madrugada el tema de conversación que había en la barbería era el de muertos y derivó en ahorcados, uno decía: Fulano de Tal estaba así y tenía ... y yo, como aprendiz lo único que sabía era enjabonar al cliente y el maestro lo afeitaba, pero en una ocasión me rindió por un momento el cansancio de estar tantas horas de pie y de estar con la brocha en la mano, me estaba quedando como adormilado, mi maestro que se dio cuenta me dio un grito y me metió un empujón en mi hombro.

Pasé tanto susto que tiré la brocha que dio en el espejo y salí corriendo de la barbería y no paré hasta que llegué a mi casa. Recuerdo todavía que la curva de la esquina la tomé en una pierna.

# Las huellas de mi pueblo

**Miguel Garrido Herrera**

Archidona, como sabemos, es uno de los pueblos más antiguos de la provincia de Málaga, ya que se encontraron hallazgos arqueológicos que constatan la presencia de pobladores en la zona desde el Paleolítico Inferior.

Dice la Historia, que los asentamientos más antiguos de Archidona corresponden a Escua, fundada por los fenicios, y Ulisis, habitada por túrdulos y romanos. Un pueblo tan antiguo y tan pegadito a la falda de la sierra de su Patrona, nuestra Virgen de Gracia y que durante la época musulmana, la población se llamaba Medina Arxiduna.

¿Como piensan ustedes que no puede dejar huellas?

Seguro que tiene que dejar muchas huellas en la vida de un hombre o de una mujer.



Pero para saber si Archidona deja huellas, tiene una persona que pasar su niñez y su adolescencia correteando sus calles empedradas y algunas muy empinadas, con sus libros en dirección al colegio de los curas o al de Santo Domingo, o jugarse aquellas partidas de bolas en medio de la plaza, pero eso solo por las tardes porque por la mañana estaba casi toda la plaza rodeada de puestos de frutas y verduras en donde las señoras tenían que hacer la compra para su casa.

¿Cómo un pueblo tan especial no va a dejar huella?

Nunca podré olvidar cuando las señoras tenían que ir a lavar la ropa de su familia al lavadero de la Fuente de Antequera y nosotros los niños, nos metíamos a robar frutas y de paso, a buscar nidos en la Huerta del Conde, ya que los niños de aquellos tiempos, si nuestra madre nos llamaba teníamos que estar a su lado al momento, porque sino se podía ganar unos alpargatazos en el ...,

¿Cómo se puede olvidar aquella emigración masiva?

Con aquellas maletas de tela de rayas amarrada con una cuerda, o con una correa. No se pueden olvidar aquellos padres

abrazando a sus hijos antes de montarse en la Ranea que los llevaría a su país de destino.

¿Cómo no van a dejar huella aquellos curas Escolapios?

Que se comentaba que pegaban mucho y que aquellos curas decían con frecuencia que la letra con sangre entra.

Pero hoy, con el progreso, los adelantos y las nuevas tecnologías, todo es diferente. Pero Archidona siempre y en todas partes, en donde halla un archidonés quedará una huella de su bonito pueblo.

# Cuentos infantiles

# El Frutero

## Anónimo

En un frutero grande y hermoso de porcelana fina decorada con cenefas de flores y frutas variadas, que destacaban sobre un fondo azulado salpicado de suaves nubecillas y coloridos pajarillos en vuelo, había un melocotón de bonitos tonos anaranjados y asalmonados, muy redondo y acabado en punta que conversaba animadamente con un alargado, escuálido y amarillo plátano sobre el interesante tema de describir sus cualidades más destacadas.

Don Plátano decía ser un tipo dulce, apetitoso y muy fácil de pelar y de comer. -- Hasta los niños más pequeños disfrutaban conmigo más que con cualquier otra fruta, pues mi piel, que se abre en varias tiras, les sirve para fabricar el cabello de un muñeco pelón o para imitar los pétalos de una flor. Les sirvo para comer y para jugar también.

A este argumento respondía Don Melocotón: --No está nada mal, pero a mí me prefieren por mi agradable vistosidad. Y mi olor, ummmmm, qué me dices del perfume que desprendo, si

hasta se ponen agua de colonia con este fresco aroma las jovencitas. Además, por dentro soy jugoso y sabroso como el que más. Así que no te des tantos aires, so estirado, y no olvides que tienes mucho peligro, Don Plátano, pues si te tiran al suelo y te pisan, ¡menudo estropicio! ¿ no crees?, je,je,je,je.

El señor Plátano de Canarias se había enojado, y estando su orgullo un poco herido por ello, decidió decirle estas palabras al cursilón de Don Melocotón y zanjar la cuestión: -- Vale, de acuerdo, ok..., he de reconocer que la piel de mi cuerpo tiene la peor fama en cuanto a eso de los resbalones; sin embargo, tú no debes olvidar que a más de un chavalín que ha mordisqueado esa piel aterciopelada y suave de otros compañeros, se ha quedado con la boca rasposa y áspera como una alpargata de esparto, o incluso le han producido molestas reacciones alérgicas ¿en, fanfarrón?, y añadió una sonora carcajada mientras Don Melocotón ponía cara de enfado.

Cuando las dos frutas cesaron de discutir algo malhumorados, intervino una oronda Doña Sandía de esta manera: --Señores, guarden la compostura y déjense ya de tanta tontería. ¿Es que no ven lo gorda y hermosa que soy yo?. Aquí donde me hallo, una servidora es la favorita del frutero, aunque ni siquiera quepa bien en él... y con gran diferencia, --sentenció con voz aguda y tono altivo y estridente. Y añadió: --Al llegar el

verano, todos me buscan deseosos de refrescar sus resacas gargantas. Me ven tan grandota, redondita... con este verde oscuro y brillante tan terso que les llamo la atención. Y entonces se acercan a mí con la intriga de saber si estaré madurita y dulce por dentro... y cuando me abren y contemplan el rojo intenso de mi carne, salpicada de unas favorecedoras pepitas de color negro, sólo desean comerme 'toíta', gajo por gajo. Soy el disfrute y el deleite de todos, y los pequeños acaban su postre sentados en el jardín, y juegan a escupir las pipillas con fuerza hasta los parterres. Por eso creo que soy la mejor y la preferida, señores..., modestia a parte.

Después de esta perorata de la oronda Doña Sandía, que, por cierto, dejó perplejos y algo acomplejados al Plátano y al Melocotón, la humilde manzanita, un simple pero amarillo, tuvo que intervenir en la conversación ante la insistencia de los dos señores que buscaban una aliada para bajar un poco los humos de la gigante verdirroja.

-- Bueno amigos, todos tenéis razón en destacar vuestras cualidades, claro que sí. Sois todos maravillosos, de eso no cabe ninguna duda. Yooooo, buuuu-buu-bueno, a mí, a míii... lo que puedo decir es que me parece, según me contaron mis padres, que hace mucho, en otras épocas donde no había tantas frutas variadas como hoy en día, a nosotros, los peros

amarillos, nos comían bastante en todas las casas, y que servimos para hacer pasteles, tartas... ¡de todo!

En ese instante, asomó por un agujerito del pero la cabeza y parte del cuerpo de un gracioso gusanito que habitaba en su interior, y habló así: --Oye guapa, tú cállate y pasa de estos aburridos, petulantes y engreídos charlatanes. Y que se los coman contentos esos humanos a los que tanto adoran. La verdad es que son muy vistosos y muy sabrosos, mientras que tú, ¡pobre Doña Manzana!, no llamas tanto la atención. Sin embargo, ellos saben, al igual que los humanos, que su sabor no es el que era antaño. Que no están tan ricos por culpa de tantos pesticidas como les echan en los invernaderos o en los campos donde crecen y cortan casi sin haber madurado lo suficiente para llevarlos a los comercios.

El gusanito, que resultó estar muy informado de lo que pasa en el mundo de las frutas y hortalizas, y ser un filósofo que estudiaba la vida desde el interior de la manzana, continuó explicando: --Yo prefiero a esta reineta que crece en una huerta, en su árbol, natural, sin productos químicos. El dueño las coge para comer o vender cuando están maduras, mientras deja que los otros seres nos alimentemos también, que tenemos derecho. Si los humanos hicieran eso con todas las frutas, hortalizas y otros alimentos, nosotros seríamos más sabrosos,

sanos y felices, y ellos también. Y es que no van por buen camino con tanta química, tanta prisa y tanta producción masiva. – Sentenció el sabio gusanito, y añadió, para no dejar a los habitantes del frutero preocupados y tristes, pues era guasón y chulapo: --Yo, en realidad, lo que quiero es comerme solito a mi amada manzanita, despacio, para que dure muuucho tiempo. Por eso no quiero compartirla con los hombres.

Tras este discurso del señor gusano, todos los moradores del frutero comprendieron que el ‘intruso’ tenía razón, que les había dicho la verdad y les había abierto los ojos a la realidad. Al momento sintieron que habían sido muy soberbios y entendieron que era más valioso para ellos mismos y para la armonía del precioso entorno de porcelana que les acogía, ser algo más parecidos a ese pero amarillo. Entonces comenzaron a bromear y rieron, saltaron y palmearon de buena gana, intentando saborear la vida antes de que les saborearan a ellos. Estaban felices y muy animados cuando, de pronto, callaron al oír pasos de alguien que se acercaba a la cocina...

Observaron que se trataba de una de las niñas de la familia que vivía en aquel hogar. Era la pequeña, traviesa, aunque dulce y bondadosa Estíbaliz, que se dirigía al frutero. Se paró delante de las frutas y, tras mirar unos segundos, se decidió finalmente por coger a la que ese día estaba siendo objeto de todas las



atenciones. La sacó de su interior y se dirigió hasta el fregadero, donde la puso bajo un chorro de agua que salía con vigor del grifo. Luego la frotó levemente con un trapo limpio para secarla y sin más tardanza la acercó para morderla. Y entonces, sucedió que vio que de un minúsculo agujero, salía un gusanito que se balanceaba con gracejo, como si bailara una danza para ella o se contorsionara de modo amenazante. Estíbaliz se asustó, dio un sonoro chillido y varios pasos hacia atrás a la vez que lanzaba a Doña Manzana por los aires e intentaba sujetarse a algo para no caer. De ese modo, y sin poder evitarlo, dio un manotazo al frutero que acabó aterrizando contra el piso, donde se hizo añicos, mientras el trasero de Estíbaliz era la primera zona de su cuerpo que chocaba contra el duro suelo.

Doña Sandía se había reventado y su pulpa roja y las pepitas negras se extendían por las baldosas. Don melocotón se perdió rodando debajo de un mueble, y Don Plátano acabó siendo pisoteado por Carmela, la madre de Estíbaliz, que acudió alarmada por el estruendo y los gritos de su hija. Finalmente, llegó Antonio, el padre de la criatura causante de tal estropicio, que remató la faena al resbalar con la piel del “señorito canario”.

Así que, sólo la humilde manzanita, con su gusanito dentro, quedó a salvo, porque tras su efímero vuelo, fue a parar, al salir a través de la ventana abierta de la cocina, a un jardincito cercado por arriates. Y allí se quedó mientras el ciclo natural de la vida le daba el tiempo que necesitaba.

# La Gata con Botas

## Anónimo

Marisa es una gata muy sabihonda y traviesa. Por eso sus hermanos, la llaman “Marisabidilla”. Junto a ocho gatitos más, forma una linda camada: Salmoncín –por su color rosado-, Melosa –por lo cariñosa y dulce que es-, Arisco –es obvio-, Felisina y Felisuco –pues ambos se quedan embobados viendo al gato Félix por televisión-, Ágata –por su carácter duro y su pelaje de distintos colores- y Peluchín –por su sedoso pelo-. De todo ellos la gata Marisa es sin duda la más despabilada y graciosa.

A la gatita Marisa, sin embargo, le gusta llamarse a sí misma “La gata con botas”. Se sabe al dedillo el cuento de “El gato con botas”, y a su modo intenta emularlo. Es una gran admiradora de ese personaje de fábula. Le gustan mucho las aventuras y peripecias del astuto felino y los buenos servicios que prestó a su amo Juan... y sus argucias para convertirlo ante el rey, ni más ni menos que en el marqués de Carabás. Desde pequeña, posee un viejo libro de su héroe: un cuento con vistosos y sugerentes dibujos a todo color. A todas horas lo lee y lo relee. Y disfruta al imaginarse a sí misma como una gata valiente que maneja bien el florete y con esas mismas dotes de ingenio de “El gato con botas”.

Junto a su familia de gatos, la gata Marisa vive en una bonita y acogedora casa de su ciudad natal, Gatoburgo, una ciudad fría y lluviosa del norte de su país: Felinistán. Allí suele llover con asiduidad, e incluso en verano son frecuentes los chaparrones y las tormentas. Esa es la excusa que la gata Marisa utiliza para calzar en sus patitas traseras altas botas de agua, cubrir las manos con guanteletes y vestir un chubasquero cuya capucha siempre cubre su cabeza a modo de sombrero mosqueteril; todo de color rojo, muy a tono con su genio vivo y fogoso. Aunque a decir verdad, la lluvia no es una excusa muy creíble, ni la verdadera razón de su vistoso disfraz. Lo cierto es que de esa manera, consigue asemejarse a un verdadero espadachín, o mejor dicho a una espadachina, como a ella le gusta decir.

Sin previo aviso, de buenas a primeras, mientras sus hermanitos están distraídos relamiéndose los bigotes, tras haber dado buena cuenta de un gran tazón de leche, ella se lanza sobre ellos con su florete en alto, en busca de rival que le presente batalla. Su arma no es otra cosa que un pequeño paraguas hurtado del paragüero de la casa..., pero de todos modos, consigue atemorizar a sus pacíficos hermanos. En boca de ellos y a cuenta de las fechorías de Marisa, más de un “miau” de espanto se ha podido escuchar en la casa de los gatos más traviesos del vecindario. De continuo, los hermanos de Marisa corren de un lado a otro de la casa, despavoridos, huyendo de sus ocurrencias mosqueteriles. A ratos son atacados por ser considerados malvados villanos que han de pagar sus

maldades con la misma vida; y acto seguido pasan a ser pobres desvalidos, víctimas de una tropelía, y por tanto son defendidos por ella de terribles peligros que ellos son incapaces de ver. O simplemente, si el aburrimiento se apodera de la casa, se dedica a pincharles levemente el trasero con su paraguas-florete, para despertarlos de la modorra, hacerles reír un rato y conseguir que ellos sean también partícipes de la diversión:

-¡En guardia! Defendeos caballero Minino... Y vos..., no huyáis cobarde Micifuz. Si sois valientes venid todos a mí. Me basto y me sobro para acabar con una pandilla de gallinas. Esos es lo que sois, gallinas y no michinos... Igual que “El Gato con botas”, yo soy capaz de embaucar a un temible ogro y conseguir un flamante castillo para mi amo. Asimismo, yo os daré vuestro merecido gatuchos de pacotilla...

Pero nada, sus hermanos no están por la labor de seguirle el juego, prefieren seguir jugando con un ovillo de lana, retozar en la alfombra o beber un buen cuenco de sabrosa leche... Está claro; no saben disfrutar de una buena trapisonda o de un juego verdaderamente audaz. Al contrario, todos sus hermanos le dicen que está loca, que esas cosas no son propias de una damisela felina.

-Los gatos os equivocáis al decir que las gatas no podemos luchar, ni batirnos en duelo... Podemos hacer todo eso y muchas cosas más –decía muy ofuscada, la gatita Marisa-... ¡Qué horror! ¡Qué error!... ¡Cómo os atrevéis a decirme que mi

actitud “no es propia de una gata bien educada y de buena cuna”! -silabeó sus palabras con mucha sorna- ¡Paparruchas de gatos anticuados! ¡Yo puedo hacer todo lo que me proponga!

Y efectivamente, Marisa no está loca, ni mucho menos. Es, como digo, una gata despabilada y dispuesta. Y más cabal de lo que parece a simple vista.

Y como siempre lleva puestas sus botitas y su chubasquero rojo, en una ciudad de clima tan desapacible, nunca se resfría y anda muy feliz y saludable. Sin embargo, sus hermanos pescan catarros continuamente y se ven obligados a faltar a la escuela con demasiada frecuencia. A veces, se diría que eso les viene de perlas y que se hacen los remolones para no ir al cole. Por su parte, Marisa asiste puntualmente a su colegio: “Calderón de la Gata”. Todos, todos los días, sin falta. En clase es un ejemplo de buen comportamiento y de sumo interés por aprender mucho, mucho. Se nota a la legua que es una gata muy inteligente.

Muy distinta es la actitud de sus compañeros y compañeras de clase felina, a los que les gusta mucho armar alboroto.

La gata Roberta es la profesora, una gata de angora con muchos años de docencia a sus espaldas y que en los últimos tiempos ha dejado de ser la maestra sumamente seria y estricta del pasado. Es precisamente su edad avanzada la que le ha llevado a adoptar una actitud cada vez más condescendiente y menos rígida. Y eso lo saben bien sus alumnos gatitos y se

aprovechan de la situación. Cada mañana, antes de que doña Roberta aparezca lenta y cansinamente por la puerta, maullando de cansancio e impotencia, la clase es lo más parecido a un volcán en erupción: vuelan cuadernos, libros, lápices, tizas... Como ya es sabido, Marisa es una gata traviesa, pero no maleducada, y por eso no aprueba esa mala conducta en el colegio felino, y muchas veces ella misma intenta poner remedio:

-¡Qué horror! ¡Qué error! Esto es un desastre, comportaos como gatos educados y no como esos gatos salvajes que viven en los montes. ¡Esos es! Eso es lo que sois: gatos monteses que no merecéis asistir a la escuela felina.

Doña Roberta, tampoco tiene ya suficientes fuerzas para hacerlos entrar en vereda. Cada mañana se repite la misma historia. No sirve de nada que la seño les mande a diario copiar cien veces la frase siguiente: “No debo alborotar en clase felina”.

La gata Marisa, como no podía evitar el mal comportamiento de sus compañeros, al menos pensó en el modo de esquivar ese castigo, que al ser general y para toda la clase sin excepción, irremediamente también la incluía a ella. Por eso, para evitar el castigo de las copias, que ella no merecía, todas los días antes de entrar en su colegio, Marisa, en una esquinita de la calle, esperaba escondida la llegada de la profesora. Asomaba su cabecita de vez en cuando y permanecía con las

orejas bien tiesas, para averiguar cuando se aproximaba la seño. Llegado el momento, salía de su escondite y se hacía la enconradiza con doña Roberta, y se ofrecía gustosa para ayudarla a subir los escalones de la entrada al colegio, que le costaba mucho trabajo subir sola, debido a su edad. De esta manera, entraba al aula a la misma vez que la señorita, en el momento de mayor revuelo. Doña Roberta, la vieja gata profesora, una vez más, se veía obligada a castigar a todos los gatitos de su curso gatuno; a todos menos a Marisa, ya que ella no se encontraba en el aula alborotando junto a sus revoltosos compi-gatos.

Por todo esto digo que Marisa es una gata traviesa, pero educada y lista como los linces.

A Marisa le gusta soñar despierta... y jugar mucho, aunque eso no significa que apruebe el “todo vale para divertirse”. La seño Roberta, no se merece ese recibimiento cada día. Los profesores gatunos merecen todo el respeto del mundo.

Uno de esos días, en el patio del colegio, en pleno recreo, los alumnos gatitos jugaban al fútbol. A la gata Marisa también le entusiasma el fútbol. Su jugador favorito es Iker Gatillas. A ella le encantaría ser una espléndida guardameta. Sueña con parar un penalti en la gran final de la “Liga de Gatos Campeones”, en el último minuto del encuentro. En su sueño, en la jugada siguiente al penalti, ella corre hasta la portería contraria, antes de que se saque el último corner del partido, el que pondría



punto final al tiempo reglamentario y daría paso a la prórroga de su partido soñado. Pues bien, en ese momento, después de una alocada carrera y de cruzar el campo a toda prisa, ella llega justo a tiempo al área rival para rematar de cabeza y marcar un auténtico golazo por la escuadra. ¡Qué golazo! ¡Qué maravilla! Todo los espectadores la aplauden a rabiar. Incluso los jugadores del equipo contrario, los temibles Lince de Milán, felicitan a Marisa, ¡la mejor portera de fútbol gatuno del mundo!

¡Qué le gusta soñar despierta! Lo que ocurre en realidad es que a veces la sacan de sus ensoñaciones, de golpe y porrazo:

-¡Tú no puedes jugar! No ves que el fútbol es cosa de gatos machos -le respondieron los gatos futboleros casi al unísono, después de que ella les hubiese pedido por favor que la dejaran entrar en uno de los dos equipos en liza (como portera, claro está).

-¡Qué horror! ¡Qué error! El deporte es para todo el mundo, sin distinción de género -vociferó Marisa muy indignada.

-¡Nada de eso, monada! -gritaban ellos.

Más tarde, como no podían mantener un argumento de tan poco peso, los gatos se excusaban y le decían que no podía jugar, porque no llevaba zapatillas de deporte, ni atuendo adecuado, ya que ella siempre calza botas de agua y viste chubasquero.

Una vez en su casa gatera, no paraba de darle vueltas a la cabeza, mientras sus hermanos la miraban con recelo, pues era raro que no estuviera ya inventando ingeniosas travesuras.

-“Esto tiene que cambiar” –pensaba Marisa-. “Esto, un día, lo cambiaré yo misma.”

De pronto se escuchó:

-¡Miau y requetemiau! ¡Ya lo tengo! –dijo en voz alta, al dirigirse a sus hermanos felinos-. Debéis saber, que he decidido, en este preciso momento, que cuando sea mayor, renunciaré a mis lindas botitas y a mi querido chubasquero. Me vestiré elegante y me presentaré como candidata al frente de un partido político que defenderá la igualdad de gatos y gatas. Fundaré un partido cuyo lema será: TODos los Gatos y TODas las GATas SOMos IGUAles ANte LA LEy. Y el nombre del partido será por tanto, a ver:... TOGATOGASOMIGUANLALE. He dicho.

-Anda ya –le replicaron sus hermanos.

-... Uy, quizá sea un poco largo y no muy pegadizo. Tal vez sería mejor llamarlo Libertad, Igualdad y Fraternidad Minina, o simplemente Igualdad Minina. Sí. Algo así. ¡Guau! ¡Quiero decir... miau! Eso esta mucho mejor -les contestó con visible emoción.

Lo importante es que pueda presentarme al Parlamento Gatoeuropeo, o al Congreso de los Dipugatos... En todas las

instancias que me sea posible presentaré mociones para cambiar todas esas normas absurdas y caducas, que te dicen qué debes hacer... o qué no debes hacer, en función de si eres gata o gato.

-Vives de sueños, Marisa. Las cosas son como son y nada las hará cambiar.

-Nada de eso: nada cambiará si no hay nadie que intente cambiarlas. Aún no tengo edad para ponerme manos a la obra, pero no importa. De momento, me basta mi actitud de querer un mundo mejor para todos los gatos y gatas. Y yo, no os quepa duda,... al menos lo voy a intentar.